

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata, Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschi (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

- Editorial* 3 **El bautismo de Jesús**
- Hans Jörg Rigger* 5 **“Yo os bautizo sólo con agua como signo de conversión”**
- Alberto Espezel* 17 **El Bautismo de Jesús**
- Jean-Pierre Batut* 25 **Para una lectura teológica del bautismo de Jesús**
- Rebeca Obligado* 37 **El bautismo de Jesús en los Padres de la Iglesia**
- Augusto Zampini* 51 **Bautismo. Una apreciación teológico pastoral**
- Joseph Ratzinger* 71 **Pensamientos sobre el lugar que tiene la doctrina y la piedad mariana en la fe y en la teología consideradas integradamente**
- Francisco Bastitta* 83 **¡Queridos jóvenes! *En memoria de Juan Pablo II***

PARA UNA LECTURA TEOLÓGICA DEL BAUTISMO DE JESÚS

*Jean-Pierre Batut **

“Hacía falta...que de estos hombres que nos han acompañado todo el tiempo que el Señor Jesús vivió en medio de nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue quitado, hay uno que queda entre nosotros como testigo de su resurrección”.

Es con estas palabras que Pedro, en los Hechos de los Apóstoles (1, 21,22) cuando se pregunta sobre la elección de un reemplazante de Judas, enuncia los criterios de lo que se podría llamar la capacidad apostólica. Sabiendo que es Dios, El mismo que por medio del azar, hará conocer a aquel que El ha elegido, la aptitud para recibir este cargo, supone no solamente la capacidad de testimoniar la Resurrección de Cristo, sino también el hecho de haber figurado en el número de sus compañeros todo a lo largo de su vida pública.

Estos dos criterios están llenos de enseñanzas; primeramente, ellos subrayan que si la vida terrestre de Jesús tiene sentido porque El ha resucitado, a la inversa, el testimonio dado a su Resurrección no tiene sentido sino porque el recobró la totalidad de su vida terrestre. Mientras Mateo y Lucas redactaron sus evangelios, el nacimiento en Belén y los años ocultos en Nazaret son releídos ellos también a la luz del Misterio Pascual, y como su anticipación. Pero el *testimonio apostólico* propiamente dicho comienza en un momento preciso, que inaugura la

* Nacido en 1954, Batut es sacerdote de la arquidiócesis de París y párroco de la Parroquia Santa Juana de Chantal. Asimismo, es profesor de teología dogmática en el Studium del seminario de París. Su tesis doctoral fue escrita sobre el tema : “Pantocrator, Dieu le Père tout puissant, Recherche sur une expression de la foi dans les théologies anténicéennes». Batut es también miembro del comité de redacción de *Communio* francesa.

Para una lectura teológica del bautismo de Jesús

vida pública: este momento es el de la manifestación de Jesús en el Jordán, y su Bautismo por Juan.

El término de *manifestación* recubre, es verdad, diversos significados, como lo demuestra la Fiesta de la Epifanía. La liturgia de las Iglesias de Oriente, en particular, tiene la costumbre de reagrupar, como tantas facetas de un mismo misterio, la visita de los Magos, el Bautismo en el Jordán y el signo de Caná: “Hoy, los Magos que buscaban un Señor brillando en las estrellas, lo encuentran llorando en un Pesebre. Hoy, el Cristo entra en el seno del Jordán para lavar ahí, el pecado del mundo. Hoy, el Señor cumple el primer signo del cielo, cambiando el agua en vino” (San Pedro Crisólogo).

Tan diferentes como aparecen, cada uno de estos tres misterios están bajo el signo del *pasaje*, y, como tal, el anticipa el gran pasaje de la Muerte y la Resurrección. Pasaje de la eternidad al Pesebre por Aquel cuyo resplandor sobrepasa el de las estrellas; pasaje, en la cima de su existencia, por la Copa de la Pasión, fuente del bautismo y de la Eucaristía; pasaje, aquí, a través del Jordán, como a través de un vientre maternal, por un nuevo nacimiento que hace morir al pecado y renacer a la vida divina.

De esta pascua, los Apóstoles serán primero, los beneficiarios y los testigos, para llegar a ser los ministros a continuación del Servidor que los ha elegido para este fin.

El bautismo de Juan

“Esto sucedía en Betania, cerca del Jordán, donde Juan bautizaba” (Jn, 1, 28). Esta precisión topográfica del Evangelista, no es anodina. Ella subraya la necesidad en que se encontraban aquellos que iban a escuchar la predicación del bautista de cruzar el Jordán, y salir de los límites tradicionales de la Tierra Santa. Semejante paso equivalía pura y simplemente al reconocimiento de una ruptura de alianza, porque el derecho de permanecer sobre la tierra de la promesa no puede mantenerse sino en el interior de la alianza, cuya tierra es la prenda. El pueblo entonces, sale de la tierra por sus propios medios. Hay algo de extraño. En efecto, todo a lo largo de esta dramática historia el pueblo de Israel no ha salido por sí mismo de su tierra. El único escenario conocido, hasta ese momento, es el de un desprendimiento brutal, a continuación del cual el pueblo esclavo y exilado, se vuelca hacia Dios confesando su pecado y suplicando misericordia. He ahí que ahora, como lo subraya el evangelista Mateo, aparece el Bautista, “Jerusalén sale *hacia él*, y toda la Judea, y todo el país alrededor del Jordán; y ellos eran bautiza-

dos por él, en el Río Jordán, confesando sus pecados” (3, 5). Esta salida de Egipto a contrapelo jamás fue vista en la historia de la salvación. Ella hace de la confesión de los pecados que la acompaña, un acto absolutamente único, cualitativamente superior a todas las confesiones bíblicas anteriores, y que indica ya, en sí misma, la proximidad del Salvador.

Hay que haber comprendido esto para captar el alcance del bautismo de Juan. Y primero su vehemencia en el lugar de aquellos –porque existen– que no vinieron más que para liberarse a través de un simulacro de confesión: “Como él veía muchos fariseos y saduceos venir al bautismo, él les dice: “Engendro de víboras, ¿qué les ha sugerido de huir lejos de la cólera que viene? Hagan un gesto digno de la conversión”... “(Mt 3, 7-8). Fariseos y saduceos, los futuros enemigos de Jesús, se endurecen delante del milagro de gracia del cual el pueblo es beneficiario. Desde ya, sobre Juan, ellos dicen lo que dirán sobre Jesús, profetizando la entrada del mundo en la conversión que conduce a la Salvación: “¿Ustedes ven? No ganan nada: miren, el mundo se va detrás de él” (Jn 12,19b).

El gesto bautismal de Juan se aclara a partir de ahí. El profetiza un nuevo pasaje del Jordán, y del mar, primero para el Pueblo, y después para las naciones. Desde ése momento, Israel comienza a conocer la súplica verdadera a la que llaman Sangre de la Alianza: “Que su Sangre esté sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (Mt 27,25)

Habiendo “bautizado” es decir “sepultado” a aquel que viene de reconocer su pecado, el bautista lo hace remontar *del otro lado*, es decir del lado de la Tierra de la promesa. Gesto profético por el cual Juan Bautista no se ufana ciertamente de un poder que no pertenece nada más que a Dios, el de reintegrar en la Alianza a un pueblo que la ha roto: pero después de haber clamado en el desierto “Conviértanse, porque está cerca el Reino de los Cielos”, el Bautista, testigo de la realidad de esta conversión, se propone simbolizar a través de un rito, la proximidad de este reino. Si Dios, así como lo había anunciado a Zacarías, emprendió ahora por el ministerio de su Profeta, “preparar un pueblo allanado”, esto significa que Aquel que esperan está en la puerta, acechando por la ventana, espionando por la reja. El viene a la vez como el Esposo de *los Cantares* (2,9) y como el leñador que corta el árbol encontrado sin frutos. El viene como “el más fuerte” (Mt 3,11) que desarma “al fuerte” (12,28) y se apropia de sus bienes. El viene como el Juez escatológico que quemará la bola de fuego jamás apagada (3,12) .

Veamos bien que Juan no dice: “Háganse bautizar y escaparán a la cólera que viene”. Traten de escapar, traten de escaparse es justamente lo que reprochaba

Para una lectura teológica del bautismo de Jesús

en ese momento a los Fariseos y a los Saduceos. Si Aquel que debe venir, viene por el juicio, el Bautismo de Juan no tiene por fin desviar ese juicio, sino más bien aceptarlo con todo su rigor: aceptar *haber pasado por la muerte* sin conocer precisamente la salida.

Lo más asombroso es que esta perspectiva formidable no está aceptada por algunos individuos solamente: esto subraya Lucas, el único de los tres sinópticos que destaca este punto: “*todo el pueblo que se hace bautizar*” (Lc 3,21), signo indudable de que la predicación de Juan ha alcanzado plenamente su fin, y que el acontecimiento que anunciaba ahora, se puede producir.

Cumplir la justicia

De hecho, tan repentina como la de Juan, y como le fue suscitada por Dios, –Mateo subraya intencionalmente la semejanza utilizando el mismo verbo (ver 3, 1 y 3, 13)– es ahora la aparición de Jesús. Teniendo en cuenta esto que precede, el sentido de esta aparición parece claro: El Juez habrá sido anunciado, y es ahí que viene, y con Él viene el juicio, la cólera de Dios.

El Juez está ahí, pero se calla –como más tarde, delante de los jueces, guardará silencio–. Y he ahí que, no contento de callarse, El avanza en su momento para someterse *como último* (porque todos fueron bautizados antes que El) en el mismo rito que los otros. Mateo es el único que nos cuenta la sorpresa de Juan, pero el cuarto Evangelio la sobreentiende, haciéndole decir fuera de tiempo al Bautista: “Y yo no lo conocía” (1, 31). El conocimiento que el creía tener de Jesús, ha estado tomado en efecto en falta, porque él ha visto al Juez someterse al juicio. Es entonces cuando Jesús responde a Juan Bautista que conviene cumplir lo que es justo (cf. Mt 3, 15)

Esta respuesta describe con precisión el itinerario del discípulo. Este, en efecto, tiene que aprender antes que nada, a dejar a Dios y a Cristo, la entera iniciativa sobre su vida, después, el será capaz de trabajar en las obras de Dios, y cooperar en su momento. El “yo” de Cristo se transformará en “nosotros”. “No soy yo el que trabajo, escribirá Pablo, es la Gracia de Dios que está conmigo” (1, Cor. 15,10). Desde ese momento el Bautista, de Profeta, se convierte en discípulo; y de discípulo, se convertirá en *testigo*. Será testigo delante de los sacerdotes y levitas enviados hacia él. (Jn 1, 19,34); él lo hará sobre todo delante de Herodes el tetrarca (Mt 14, Mc 6) prefigurando por su muerte la Pasión del Señor.

El Señor y el discípulo cumplirán juntos la justicia. En el segundo y el tercer Isaías, esta palabra tiene un doble significado: unas veces es cuestión de

practicar la justicia, y se trata entonces del cumplimiento de los mandamientos de la ley de Dios; otras veces, “la justicia no es otra cosa que la intercesión salvífica de la misericordia divina, intervención de la cual el profeta proclama la proximidad” (A. Feuillet). Es la revelación gratuita de esta justicia divina la que permite a los hombres tener acceso a ello, y observar los mandamientos “no penséis que Yo vengo a destruir la ley o los profetas. Yo no vengo a destruir sino a cumplir” (Mt 5, 17): Nosotros estamos acá muy exactamente en este punto del cumplimiento que permitirá a los hombres volverse justos, y producir frutos de justicia.

El cumplimiento de la justicia tal como Jesús la concibe consiste en ponerse a la altura de los pecadores. Y esto es “conveniente” como la *Epístola a los Hebreos* declara conveniente que Dios perfectamente “sometido a los sufrimientos se transforma en Jefe que debe guiar a los hombres a su salvación” (2, 10). La “conveniencia” que se trata acá, no es, está bien claro, en el orden de la sabiduría humana, sino en el orden de la sabiduría divina, y de la realización del plan de Dios. Es el mismo acuerdo interior con el plan de Dios, que mostrará María de Betania, aceptando una muerte que ella debería rechazar como lo había hecho Pedro (“no, esto no te pasará!”, Mt 16,22) y manifestando esta aceptación con el gesto altamente simbólico de la unción del cuerpo de Jesús. Cuando Jesús autentifica este gesto, El emplea, como en el relato de su bautismo, un verbo significativo “dejar” o “dejar hacer”: “dejadlo” (Jn, 12,7) . Por ahora, además de estar lejos de un consentimiento total, Juan Bautista “deja hacer”. El deja a Jesús tomar la iniciativa de cumplir la justicia haciéndose pasar hasta el fin, semejante a los pecadores: desde la fecha de ese día, tan bajo que desciende la mirada de Dios dentro de la miseria de los hombres, es sobre su propio Hijo que ella vendrá a posarse.

El bautismo, acto de Cristo

Hay que acordarse de un punto que está lejos de ser un detalle. Jesús, diferente de todos los otros, no ha confesado sus pecados: “Quién de vosotros –dirá El– me convencerá de pecar?” (Jn, 8,46). Su solidaridad con los pecadores, no ha disminuido: lo que se demuestra aquí, es la infinita condescendencia de su amor por ellos.

La libertad soberana de su iniciativa, obliga, al menos, a descartar sin dudar la interpretación del episodio del bautismo como un relato de vocación. Faltan en efecto dos elementos fundamentales de los relatos de vocación: el llamado de Dios, y la respuesta del hombre. Acá, todo salió bajo la iniciativa de Jesús. Por el hecho mismo, la interpretación “adopcionista” –que verá en el momento del bau-

tismo aquel momento en que Jesús “se transforma” en Hijo— es al mismo tiempo algo para excluir (nosotros volveremos sobre esto más adelante). Acá, cosa increíble, Dios ratifica, pero no crea, como Jesús, por ejemplo, creará a los apóstoles (él creó doce, Mc 3, 14). En el Antiguo testamento, nosotros no tenemos más que un solo ejemplo de un evento tan inaudito donde el hombre, a partir de su propio impulso, toma la iniciativa de presentarse delante de Dios para hacer su justicia, y es donde Dios se contenta con tomar nota de esta iniciativa: Se trata de lo que, uno tiene costumbre en llamar “la vocación de Isaías” —vocación que no es sólo una, siendo diferente de aquella de todos los otros profetas, porque Isaías no es llamado por persona alguna—. Purificado, es cierto, previamente de su pecado, Isaías contesta atrevidamente a Dios que se interroga a sí mismo —“¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros?” diciendo: “Aquí estoy, envíenme a mí” (Is 6, 8). El prefigura desde ya uno más grande que él, quien, aplicando a sí mismo las palabras del Salmo, declarará un día: “Tú no querías ni sacrificio ni oblación, pero Tu me has abierto el oído; Tu no exigías ni holocausto ni víctima, entonces yo dije: “He aquí, yo vengo”. En el rollo del libro, El me ha prescrito cumplir tus voluntades” (Sal 39, 7-9). Ese es el Cristo que ha “cumplido las voluntades”, es decir, realiza el plan de Dios: El, el gran sacerdote que nos santifica por la oblación de (su) cuerpo, una vez por todas (Hebr. 10,10) .

Si el signo del bautismo de Jesús es de tal densidad, es apenas necesario precisar que no hay que leerlo como un simple ejemplo de humildad que Jesús dará a sus discípulos. Reducirlo a eso, será dejar de lado el carácter figurativo del Misterio Pascual. La Cruz no es un ejemplo, es un acto eficaz: Si se desprende de los comportamientos concretos para aquel que cree a Cristo, la postura es entrar bien en este acto, y no añadir cualquier cosa. No se trata, como se ha hecho creer de una lectura errónea de San Pablo, de “completar en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo” (Col. 1, 24) , sino de completar lo que en mi carne falta a esos sufrimientos. Ellos mismos, en efecto, son completos y definitivos. Lo que les falta, es ser acogidos en cada una de nuestras existencias, por un libre consentimiento, sin el cual, por más eficaces que ellos sean, no podrán desplegar sus efectos ni en Pablo mismo, ni en aquellos que son confiados a su ministerio.

Del bautismo al descenso del Espíritu de filiación

Como todo bautismo practicado por Juan, el bautismo recibido por Jesús se desarrolla en dos tiempos: un descenso y un ascenso. Para Jesús, el descenso prefigura la pasión, el ascenso la resurrección. Pero, al contrario de lo que se pro-

ducía para el resto del pueblo, el episodio no termina allí: Le sigue un ascenso acabado, una *teofanía*¹, manifestando que el gesto de Jesús ha sido acogido por Dios.

Toda teofanía bíblica está precedida de un suspenso, de un silencio solemne que anuncia la venida de Dios: “Cuando el Ángel abrió el séptimo sello, se produjo un silencio en el cielo, durante aproximadamente media hora...” (Apoc 8,1). Lo mismo sucede aquí: ‘ahora bien, todo el pueblo bautizado, Jesús también, bautizado, reza. Se abre el cielo. Desciende el Espíritu Santo, bajo forma corporal, como una paloma, sobre Él. Y una voz viene del cielo: “Tu eres mi Hijo: Yo, hoy, te he engendrado” (Lc 3,21-22). Fuera de la mención, propia de Lucas, de la oración de Jesús, y de la cita del salmo 2 (Mt y Mc prefieren citar el primer canto del Siervo que lleva los pecados de su pueblo Is 42,1), el testimonio de los evangelios concuerda: el Espíritu Santo desciende sobre Jesús y su filiación divina es públicamente atestiguada por el Padre.

Llegamos aquí al punto más delicado de la lectura del episodio del bautismo. Si se deja de lado, el aspecto ejemplarista (Jesús se somete al bautismo para darnos un bello ejemplo de humildad), es necesario en efecto preguntarse lo que *le* sucede a *Él* en este misterio. En otros términos, si vuelve a salir diferente, y si este episodio inaugural marca en su devenir humano una etapa cualitativa. Pero el peligro, que la historia teológica demuestra no ser vano, es caer entonces en el adopcionismo, herejía que consiste “en ver en Cristo no a Dios hecho hombre, sino a un hombre especialmente adoptado por Dios” (Louis Bouyer). Ahora bien, esta idea, opuesta a la fe cristiana, se ha apoyado siempre en el relato del bautismo: a partir del descenso visible del Espíritu sobre Jesús, es tentador —e incluso natural— concluir que Él no lo poseía antes, y, en consecuencia que Él no era verdaderamente Hijo, pues el Espíritu Santo es el Espíritu de *filiación* (ver Rm 8, 15).

“Tú eres mi Hijo”

El lazo entre el bautismo y la filiación de Jesús es común a los tres sinópticos, que utilizan todos el título de “Hijo” en el momento de la teofanía. La diferencia, como ya lo hemos indicado, reside en las referencias escriturarias a las cuales han recurrido.

Mateo y Marcos se refieren, tanto uno como el otro, al primer canto del Siervo en Isaías: “He aquí a mi Siervo a quien yo sostengo, mi Elegido en quien se

¹ Ver el artículo de Michaël Figura: “El bautismo de Jesús como revelación del Dios trinitario”. p. 35.

complace mi alma” (Is 42,1). El paso del texto por la versión griega que utilizan nuestros autores para citar el Antiguo Testamento, es aquí decisivo: traduciendo el hebreo *ebed* por *pais*, los Setenta hicieron posible dos interpretaciones de Isaías 42, pues el griego *pais* significa a la vez *siervo* e *hijo*. Es entonces el segundo sentido, el de *hijo*, el que eligieron los evangelistas y que les permite citar el texto de Isaías refiriéndolo a la declaración filial de Jesús: “Este es mi *Hijo*, el Amado, en quien me complazco” (Mt 3,17); “Tu eres mi *Hijo*, el Amado, en ti me complazco” (Mc 1,11). Está claro que esto no quiere decir que olviden el primer sentido, porque es haciéndose *siervo* obediente al Padre que Jesús llevará a cabo su filiación en su existencia humana.

Lucas, por su parte, hace una elección diferente y refiere la palabra del Padre al salmo 2,7: “Voy a anunciar el decreto del Señor. Él me ha dicho: Tú eres mi Hijo, yo hoy te he engendrado”. Sabiendo que el Salmo 2 describe un rito de coronación en el curso del cual se considera que el rey recibe de Dios una filiación adoptiva, estamos en el derecho de preguntarnos por qué razón Lucas lo prefirió al primer canto del Siervo. ¿No era prestarse aún más a las interpretaciones ebionitas, es decir judaizantes, que rechazaron los evangelios de la infancia para relacionar la filiación de Cristo al descenso del Espíritu sobre Él en el bautismo?

Para comprender el pasaje de Lc 3,22, es necesario completarlo con un discurso central de los *Hechos de los Apóstoles*. En su “segundo libro”, después de haber aplicado a la historia de la pasión los versículos del salmo 2 (*Hech* 4, 25-28), Lucas utiliza otra vez este mismo salmo cuando nos relata la predicación de Pablo delante de los judíos para señalar la entronización pascual de Jesús: “Y nosotros les anunciamos la Buena Nueva: la promesa hecha a nuestros padres, Dios la ha cumplido en nosotros, sus hijos: Él resucitó a Jesús. Así está escrito en los salmos: “*Tú eres mi Hijo, yo mismo hoy te he engendrado*” (*Hech* 13, 32-33).

La coherencia de las referencias lucanas al salmo 2, la del evangelio y las de *Hechos*, pone en evidencia el fin perseguido por el evangelista. Allí donde Mateo y Marcos insisten más en el reconocimiento del Siervo como Hijo en el interior de su abajamiento, Lucas orienta directamente nuestra mirada hacia el acto por el cual el Padre exalta a su derecha, en la resurrección, al Mesías contra quien los reyes de la tierra han “conspirado” (ver Sal 2,2.). Es entonces claro, en él como en los otros, que la designación filial introducida por el descenso del Espíritu sobre Jesús no pone en cuestión la generación eterna del Verbo: apunta específicamente a lo que le sucede a Jesús cuando el Padre, resucitándolo, le hace justicia, luego de que fue “contado entre los criminales” pudiéndose creer incluso que había sido rechazado por Dios, “cuando él llevó el pecado de multitudes e intercedió por los criminales”, como lo afirma el cuarto canto del Siervo (*Isaías* 53, 12).

Resurrección y generación

La resurrección es entonces algo muy distinto a la generación eterna del Verbo: el error adopcionista es llevar a confundirlos. Pero si su diferencia es clara, el uso hecho por Lucas del Salmo 2 nos obliga ahora a interrogarnos sobre la relación que pueden tener entre ellas estas dos realidades: si esta relación no nos parece muy clara, sí debía serlo al menos para los auditores judíos del discurso de San Pablo, dado que este último contaba con la referencia al Salmo 2 para convencerlos de que Dios había resucitado a Jesús.

Otro relato del Nuevo Testamento, que se dirige a los cristianos venidos del judaísmo, corrobora esta idea. Se trata de la *Epístola a los Hebreos*, y muy particularmente de su prólogo:

Después de haber... hablado antes a los Padres por medio de los profetas, Dios, en estos días, que son los últimos, nos ha hablado por el *Hijo* a quien estableció como heredero de todas las cosas... Este Hijo que sostiene el universo con su palabra poderosa, después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas, con una superioridad sobre los ángeles tan superior que *el nombre que recibió en herencia* es incomparable al de ellos. ¿A cuál de los ángeles, en efecto, dijo alguna vez Dios: *Tu eres mi Hijo, yo hoy te he engendrado?* (Hebr 1,1-5ª) ,

En estos días que son los últimos, Dios, entonces, nos ha hablado por el *Hijo*, y, habiendo llevado a cabo éste su misión, le confirió el *Nombre de Hijo*. Todo sucede como si Aquél que desde siempre *era* Hijo, luego de haber llevado a cabo la purificación de los pecados, *hubiera devenido* Hijo de una manera nueva.

¿En qué sentido lo deviene? Según el testimonio unánime del Nuevo Testamento, la glorificación de Cristo no le da una filiación que no hubiera poseído antes. Y sin embargo el texto a los Hebreos nos indica, sin duda posible, que la recepción del Nombre de Hijo no es puramente declarativa, como si se tratara sólo de informar a la humanidad. En el hoy de la resurrección, opera en Jesús una verdadera transformación. En efecto, “Jesús, aún siendo el Hijo, llevó su vida terrestre en condición de siervo. En vez de ser completamente asumida desde el principio en la gloria de la filiación, su humanidad se situaba al nivel de la nuestra. La filiación divina comporta, por sí misma, la inmortalidad.; es una vida que no conoce fin. Pero Jesús tomó el camino de la muerte; debió orar para ser salvado de la muerte y fue acogido, pero pasando por la muerte misma (*Hebreos 5,7*); es así que obtuvo que el poder de la vida indestructible penetrara su humanidad entera. Su naturaleza de carne y sangre debía ser transformada y regenerada. Y en verdad era precisa-

mente para este fin que había tomado una naturaleza semejante a la nuestra: a fin de transformarla y elevarla a la plena dignidad de Hijo.”

Estas reflexiones de Alberto Vanhoye² recapitulan el sentido de la cita del Salmo 2. El abajamiento inconcebible del Hijo eterno le vale, en su exaltación pascual, la comunicación de sus prerrogativas filiales a su humanidad, y esta comunicación está atestiguada por la vida incorruptible de la que goza en lo sucesivo. Se puede, entonces, decir legítimamente que Aquél que siempre fue Hijo de Dios según su naturaleza divina deviene ahora Hijo de Dios según su humanidad. Lo mismo que el sumergirse en las aguas del Jordán prefiguraba la muerte hacia la cual Jesús iba libremente a dirigirse, igualmente la palabra paterna de entronización filial prefigura, a su vez, la transfiguración de su humanidad por el poder del Espíritu.

El fundamento de la misión del pueblo mesiánico

Pero va de suyo que una tal comunicación de prerrogativas filiales no aprovecha sólo a Jesús sino sobre todo a nosotros. La humanidad que asumió no le era necesaria en nada, si no es para devenir el instrumento de nuestra redención, resurrección y “filiación”.

Desde este punto de vista, se impone otro paralelo a quien medita la escena del bautismo narrada por San Lucas: el paralelo entre el capítulo 3 del evangelio y el capítulo 1 de los Hechos de los Apóstoles, cuando, reunidos en la habitación de arriba, están todos en oración en un mismo corazón con María, madre de Jesús (ver Hech 1, 14). En efecto, igual que Jesús, bautizado por Juan, pidió en la oración el descenso del Espíritu sobre Él mismo, así también la Iglesia, apoyándose en la promesa de su Señor, esperó en oración el mismo don divino. E igual que el Espíritu reposó sobre Jesús, así también reposa ahora sobre la Iglesia que es su Cuerpo.

Se trata del Espíritu de filiación, ya otorgado en plenitud. Pero, en vista de la gloria futura que esperamos, el don del Espíritu no está aún realizado más que a título de “arras” o de “prenda”. El siervo, en efecto, no está por encima de su maestro (ver Jn 15, 20), y las tribulaciones por las cuales éste pasó afectarán también a aquél.

Jesús, en realidad, recibió dos bautismos, no uno solo. El primero fue recibido de Juan, el segundo será recibido de aquellos que lo enviarán a muerte. “¡Un

² A. Vanhoye. *Situation du Christ*. Paris, Éditions du Cerf, 1969, 144.

bautismo! Con un bautismo tengo que ser bautizado! Y cuán angustiado estoy hasta que se cumpla”. (Lc 12, 50).

¿Cuál es la situación de Cristo entre el bautismo en el Jordán y el bautismo de la pasión? Volvamos al momento en que, en la oración de Jesús, el Espíritu Santo desciende sobre Él, enviado por el Padre. La Trinidad toda entera se manifiesta en esta teofanía, pero en un orden bien preciso en el que el Hijo aparece como el destinatario último: el Padre envía, el Espíritu es enviado, el Hijo recibe el don. Tenemos, entonces, la secuencia trinitaria siguiente: Padre-Espíritu-Hijo.

Este orden de enumeración de las personas trinitarias no es aquél al que estamos acostumbrados cuando rezamos el Credo, y cuando leemos el final del evangelio de Mateo: “Vayan, hagan discípulos en todas las naciones, bautícenlos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19). Tenemos, entonces, dos esquemas trinitarios diferentes, en los que el Padre es siempre la primera persona enunciada, pero donde el Hijo y el Espíritu no ocupan siempre el mismo lugar.

Con este motivo se pudo hablar de “inversión trinitaria” (Von Balthasar). Sin estar obligados a recurrir a esta expresión, es oportuno remarcar que el orden trinitario Padre-Espíritu-Hijo está ligado a la misión de Jesús. Este orden que se manifiesta, por otra parte, desde el momento en que se anunció a María la concepción de su Hijo (“el Espíritu Santo vendrá sobre ti, el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, así el que va a nacer, santo, será llamado Hijo de Dios” (Lc 1, 35), es aquel que permite al Hijo *ser obediente al Padre en el Espíritu*, y, en consecuencia, llevar a cabo su misión sobre la tierra.

Desde el momento en que se anuncia la glorificación pascual, el orden trinitario Padre-Hijo-Espíritu reaparecerá: “Cuando Él venga, el Espíritu de verdad que yo les enviaré de junto al Padre, el dará testimonio de mi” (Jn 15, 26). En esta posición trinitaria ligada a su glorificación, Jesús dispone, en efecto, de un poder que no tenía durante su vida terrestre: el de *dar el Espíritu*. Ciertamente, antes de su resurrección Jesús ya posee el Espíritu, pero no de forma de poder esparcirlo. Es por lo que San Juan no duda en decir: “él no tenía aún el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado” (7, 39).

Entonces, reflexionando sobre esto, vemos que esta situación trinitaria de Jesús en su vida pública no deja de tener semejanzas con la de la Iglesia en su peregrinaje sobre la tierra. Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo, ella es el pueblo mesiánico sobre quien reposa el Espíritu Santo. Pero este Espíritu que obra en ella, y que ella sin duda comunica, no puede darlo más que de una manera *sacramental*,

Para una lectura teológica del bautismo de Jesús

no de una manera *universal*. Y lo mismo para el Cuerpo de Cristo, que es entregado muy realmente en la Eucaristía, pero a la manera de una prenda de la gloria a venir. En uno y otro caso, la Iglesia se manifiesta *in via*, habitada realmente por su Señor, pero no viendo todavía que Él sea todo en nosotros, al caminar ella misma hacia su propia plenitud.

Se comprende así de qué modo el cristiano es otro Cristo. En su peregrinaje terrestre, él está también bajo el régimen de la obediencia, obedeciendo al Padre en el Espíritu. Incluso si ha recibido mucho más que el bautismo de Juan, éste, a causa de Jesús, se convirtió para él en paradigma de lo que debe ser y hacer a partir de su propio bautismo: le abrió el camino de la *imitatio Christi*, con la misma seguridad que su Señor de ser reconocido por Dios como hijo bien amado, objeto de su complacencia e investido por Él de su misión en el mundo.

Traducción: Rebeca Obligado y María Perrioux